

La 'agonía' de un hospital español en la selva de Camerún

El centro abierto por un cirujano de Canarias, en el que se atiende a miles de familias sin recursos, puede cerrar sus puertas por falta de financiación

ROSA M. TRISTÁN
KRIBI / MADRID.- Es el *gumbo tangani*, el brujo blanco. Pero su bisturí no es una varita mágica. El hospital que el médico canario Ricardo Cortés ha levantado en las selvas camerunesas, hoy un centro de referencia para miles de personas, está a punto de echar el cierre ante la falta de respuesta en las instituciones españolas a su llamamiento de ayuda. «Ya he gastado todos los ahorros. No puedo seguir adelante yo solo y aquí nadie da un duro para que aquello siga».

Difícil es imaginar desde un país desarrollado lo que el cierre de este pequeño centro sanitario supondrá para la región de Gran Batanga, en el suroeste de Camerún. Allí la vida pende de un hilo, siempre a punto de romperse en la pelea continua contra una selva que se come los cultivos de mandioca o contra el océano desde una frágil canoa.

Desde que Cortés abrió el Hospital de Ebomé, hace un año, más de 5.000 enfermos han acudido a sus consultas y ha realizado 500 operaciones, muchas de tumores que habrían sido fatales. Y también de hernias, cesáreas de madres seropositivas, malformaciones faciales, casos de elefantiasis, de cirugía digestiva o traumatológica y, como no, de mordeduras de los numerosos ofidios venenosos que se esconden en la floresta.

«Aquí el hospital español es de gran ayuda. No sé que haríamos sin él. Es muy barato, y limpio. Todos vamos allí». Cyril, un joven pescador del poblado de Nlende, a pocos kilómetros, es uno de los que confían plenamente en el *doctor blanc*. «Antes yo y mi mujer vistábamos al hechicero pigmeo de la aldea, pero ahora vamos a Ebomé al control del embarazo de nuestro primer hijo».

«Como tengo menos bajas que el doctor tradicional recibo pacientes de cientos de kilómetros a la redonda», comenta con humor el cirujano, que ha fundado la ONG

Lanzarote Help para dar soporte a su proyecto.

Pero sus buenas intenciones tiene un precio en euros y Cortés no da más de sí. Dedicado a la cirugía plástica en su tierra canaria, lo que cobra por retocar narices, aumentar pechos y eliminar arrugas lo viene invirtiendo en Ebomé para salvar vidas.

Modesto quirófano

En total, 172.000 euros, con los que ha rehabilitado una antigua casa como sala de hospitalización y ha montado un quirófano, un la-

boratorio elemental, un servicio de radiología y ecografía abdominal y una pequeña farmacia.

Aún así, no tiene más de 23 camas, en las que a veces tiene que instalar a dos enfermos (otros acaban en el suelo) y cuando llueve, y lo hace torrencialmente, el paso de una de las instalaciones a otras se convierte en un barrizal insalvable porque no han podido cementar el suelo. Tampoco ha culminado su proyecto de abrir un servicio de urgencias en el contenedor en el que llevó el material. Y para colmo, en las últimas semanas se ha estropeado la bomba de la sentina y los

váteres han quedado inutilizados. La suma: unos 30.000 euros para obras que anda intentando recaudar en España antes de volar, en noviembre, de vuelta a los confines de la selva.

«Con ese dinero saldría adelante de momento, aunque el hospital necesita un edificio nuevo y al menos 60 camas. Lo malo es que si me dedico a buscar dinero, no trabajo aquí y no puedo operar allí. Porque esa es otra. Necesito un médico generalista y un cirujano, aunque sólo fuera por unos meses para que me suplan cuando no estoy, y tampoco los he encontrado», se lamenta Cortés. Para el material, ha hecho un llamamiento a los centros sanitarios españoles (en la web www.lanzarotehelp.org) para que donen lo que tengan en desuso, «pero que funcione» porque, asegura, «puede tener una extraordinaria utilidad en los países en vías de desarrollo».

En la actualidad 22 personas se encargan de sacar adelante la clínica de Ebomé, lo que supone 22 sueldos, y acaba de iniciarse un programa de becas para que tres estudiantes cameruneses de Medicina participen en las intervenciones. «El objetivo último es que en nueve años el hospital sea cedido a la población y para ello hay que formar profesionales», argumenta.

Como quiere que sea sostenible, a todos los pacientes les cobra el equivalente a nueve euros por el tratamiento de una semana (incluidos los fármacos). «Los indigentes pagan con los fondos que obtenemos de las facturas de los Vips que acuden desde Kribi, una hermosa ciudad a la que van turistas, pero cuyo hospital público es un desastre».

Aún en sus inicios, los jefes tradicionales de los nueve poblados de Gran Bantanga temen que el proyecto no salga adelante. Por ello, han suscrito una declaración en la que «apelan a la generosidad» de los españoles para que su salud siga en buenas manos.



Edificio del Hospital de Ebomé, con la sala de espera bajo un techado de paja. / EL MUNDO